

¿No se desengañarán jamás los que le tienen por tal? Pues qué, ¿tan difícil le es al hombre confesar que se ha engañado?

X.—*Lutero decide por despique las cosas mas graves: la elevacion; las dos especies.*

Carlostadio por su parte no se estuvo quieto, sino que empezó á combatir con el mayor ardor la presencia real, tanto para atacar á Lutero, como por otros motivos. Lutero, á su vez, aunque habia pensado suprimir la elevacion de la hostia, la retuvo, *por despique con Carlostadio*, como lo declara él mismo <sup>1</sup> y *por temor*, prosigue, *de creer que el diablo nos hubiese enseñado alguna cosa.*

No habla con mas moderacion de la comunión en las dos especies, que el mismo Carlostadio habia restablecido de su autoridad privada. Lutero la tenia entonces por bastante indiferente; pues en la carta que escribió sobre las reformas de Carlostadio, le reconviene «por haber hecho consistir el Cristianismo en cosas que no son nada, «en comulgar en las dos especies, en tomar el Sacramento en la ma- «no, en quitar la confesion, en quemar las imágenes <sup>2</sup>.» Y aun en el año de 1523 dijo en la fórmula de la misa: «Si un concilio man- «dase ó permitiese las dos especies, á despecho del concilio, no toma- «ríamos mas que una, ó no tomaríamos ninguna, y maldeciríamos «á los que tomasen las dos en virtud de aquel decreto <sup>3</sup>.» Esto es lo que se llamaba libertad cristiana en la nueva Reforma: esta era la modestia y la humildad de aquellos nuevos cristianos.

XI.—*De qué modo se declaró la guerra entre Lutero y Carlostadio.*

Habiendo sido expulsado Carlostadio de Vitemberg, tuvo que retirarse á Orlemonda, ciudad de Turingia, en los Estados del Elector de Sajonia. Por aquel tiempo estaba ardiendo toda la Alemania: los paisanos, sublevados contra los señores, habian tomado las armas, é imploraban el auxilio de Lutero. Además de que ellos seguian su doctrina, se decia que su libro *de la Libertad cristiana* habia contribuido no poco á inspirarles la rebelion por el modo atrevido con que en él hablaba *contra los legisladores y contra las leyes* <sup>4</sup>. Pues aunque quisiese justificarse diciendo que no era su ánimo hablar de los magistrados, ni de las leyes civiles, lo cierto es que mezclaba á los po-

<sup>1</sup> Lut. par. Confess. Hospin. part. II, f. 88. — <sup>2</sup> Epist. ad Gasp. Gustol. — <sup>3</sup> Form. Miss. t. II, f. 384, 386. — <sup>4</sup> De libert. chris. t. II, f. 40, 11.

tentados con el Papa y con los Obispos; y asentar generalmente, como él lo hacia, que el cristiano no está sujeto á ningun hombre, era, atendiendo á la interpretacion que se podia dar á estas palabras, alimentar el espíritu de independéncia en los pueblos, y miras peligrosas en los que los conducian. Júntese á esto que despreciar las potestades sostenidas por la majestad de la Religion, era tambien un medio de debilitar á las demás. Los Anabaptistas, otra rama de la doctrina de Lutero, pues que no se habian formado sino llevando sus máximas hasta donde podian llegar, se mezclaban entre los paisanos levantados, y empezaban á dirigir sus inspiraciones sacrílegas hácia una sedicion manifiesta. Carlostadio estaba complicado en estas revueltas; á lo menos Lutero le acusa de ello; y es lo cierto que tenia grandes relaciones con los Anabaptistas <sup>1</sup>, murmurando con ellos así del Elector como de Lutero, á quien llamaba adulator del Papa, á causa principalmente de los restos que conservaba de la misa y de la presencia real: porque todos ellos andaban á quien mas censuraba á la Iglesia romana, y á quien se alejaba mas de sus dogmas. Estas disputas habian excitado grandes conmociones en Orlemonda, á donde el Príncipe envió á Lutero para sosegar al pueblo conmovido. En el camino predicó Lutero en Jena, en presencia de Carlostadio, y no se detuvo en tratarle de sedicioso: por aquí empezó el rompimiento entre los dos. Voy á contar aquí la memorable historia de este suceso, segun se lee en las obras de Lutero, como la confiesan los Luteranos, y como la han referido los historiadores protestantes <sup>2</sup>. Al salir del sermón de Lutero, fué á verse con él Carlostadio en la Osa Negra, donde se alojaba, sitio célebre en esta historia, porque en él tuvo principio la guerra sacramentaria entre los nuevos reformados. Allí, entre otros discursos, y despues de haberse disculpado Carlostadio lo mejor que pudo, en cuanto á la sedicion, le declaró á Lutero que no podia tolerar su opinion sobre la presencia real. Lutero con un aire desdeñoso le desafió á que escribiese contra él, y le prometió un florin de oro, si lo hacia: sacó de su bolsillo el florin, Carlostadio lo metió en el suyo, y se dieron las manos prometiendo mutuamente hacerse la guerra con lealtad. Lutero bebió á la salud de Carlostadio y del brillante escrito que iba á dar á luz. Carlostadio correspondió al brindis de Lutero, y apuró un vaso lleno: así fue declarada la guerra entre los dos al estilo del país

<sup>1</sup> Sleid. lib. V, XVII. — <sup>2</sup> Luth. t. II, Jen. 447; Calixt. Judic. n. 49; Hospin. II par. ad an. 1524, f. 32.

el día 2 de agosto de 1524. La despedida de los combatientes fue cosa graciosa. *Quiera Dios que yo te vea en la rueda*, dijo Carlostadio á Lutero. *Así te rompas tú el cuello antes de salir de la ciudad* <sup>1</sup>, replicó Lutero. La entrada no había sido menos agradable. Por disposición de Carlostadio cuando entró Lutero en Orlemonda, *fue recibido con una terrible pedrea y casi oprimido de lodo*. Hé aquí el nuevo Evangelio: hé aquí los Hechos de los nuevos Apóstoles.

XII.—*Guerra de los Anabaptistas, y la de los paisanos levantados: parte que tuvo Lutero en estas revueltas, 1525.*

Combates mas sangrientos, y quizás mas peligrosos, se siguieron poco despues. Los paisanos sublevados se habían reunido en número de cuarenta mil. Los Anabaptistas tomaron las armas con inaudito furor. Lutero, interpelado por los paisanos para que fallase sobre sus pretensiones contra los señores, hizo un extraño papel <sup>2</sup>. Por un lado escribía á los paisanos que Dios prohibía la sedición; y por otro escribía á los señores diciéndoles que ejercían una tiranía, *que los pueblos no podían, ni querían, ni debían aguantar mas* <sup>3</sup>, dando con estas últimas palabras á la sedición las armas que al parecer la había quitado. En una tercera carta que escribió en comun á uno y otro partido, daba la razón á los dos, y les anunciaba terribles castigos de Dios, si no se avenían amigablemente. En esta ocasión se vituperaba su blandura; pero poco despues le echaban en cara con razón una dureza insoportable, pues en un cuarto libro que publicó, excitaba á los príncipes que se habían armado poderosamente «á ex-terminar sin misericordia aquellos miserables, que no se habían aprovechado de sus avisos, y á no perdonar sino á los que se rindiesen voluntariamente:» como si un populacho seducido y vencido, no fuese un objeto digno de piedad, y se le hubiese de tratar con tanto rigor como á los jefes que le habían engañado. Pero Lutero así lo quería: y cuando vió que se desaprobaba un sentimiento tan cruel; incapaz de reconocer jamás que se había engañado, escribió todavía otro libro expresamente para probar que en efecto «era necesario no usar de ninguna misericordia con los rebeldes, y ni perdonar siquiera á los que la multitud había arrastrado por fuerza á cualquiera acción sediciosa <sup>4</sup>.» Se dieron en seguida aquellas famosas batallas que tanta sangre costaron á la Alemania, y en este

<sup>1</sup> Epist. Luth. ad Argent. t. VII, f. 302. — <sup>2</sup> Sleid. lib. V. — <sup>3</sup> Ibid. LXXV. — <sup>4</sup> Ibid. LXXVII.

estado estaban las cosas, cuando la disputa de los Sacramentarios encendió un fuego nuevo en aquel país.

XIII.—*Matrimonio de Lutero al que había precedido el de Carlostadio.*

Carlostadio que lo había agitado, había introducido ya una novedad muy escandalosa, porque fue el primer sacerdote de alguna reputación que se casó, y este ejemplo causó efectos muy notables en el orden sacerdotal y en los claustros. Carlostadio todavía no se había descompuesto con Lutero cuando se casó: en el partido mismo se hacía burla del tal casamiento, y de aquel viejo sacerdote que se había casado; pero Lutero no decía una palabra, porque deseaba hacer lo mismo. Se había enamorado de una religiosa de cualidad, y de una belleza singular, á la cual había sacado de su convento. Era una de las máximas de la nueva Reforma que los votos eran una práctica judáica, y que ninguno obligaba menos que el de castidad. El elector Federico dejaba decir estas cosas á Lutero, pero no hubiera podido tolerar que las hubiese llevado á efecto. No le merecían mas que desprecio los sacerdotes que se casaban con perjuicio de los cánones, y de una disciplina reverenciada en todos los siglos. Así, por no perder nada en el concepto de este Príncipe, hubo de tener paciencia mientras vivió; pero apenas murió, se casó con la religiosa. Este matrimonio se efectuó el año de 1525, es decir, cuando estaban en toda su fuerza las guerras civiles de Alemania, y cuando las disputas sacramentarias se acaloraban con mas violencia. Lutero tenía entonces cuarenta y cinco años; y este hombre que, merced á la disciplina religiosa, había pasado toda su juventud sin dar nada que decir con respecto á la continencia, en una edad tan adelantada, y cuando se le presentaba á todo el universo como el restaurador del Evangelio, no se avergonzó de abandonar un estado de vida tan perfecto, y volver atrás.

Sleidan pasa ligeramente por este hecho. «Lutero se casó, dice <sup>1</sup>, con una religiosa, y con esto dió lugar á nuevas acusaciones de sus adversarios, que le llamaron furioso y esclavo de Satanás.» Pero no nos dice todo el secreto; y no fueron solamente los adversarios de Lutero los que censuraron su matrimonio, que él mismo se avergonzó de su conducta, y sus discípulos, aun los mas sumisos, se sorprendieron, todo lo cual sabemos nosotros por una carta furiosa de Melancton al docto Camerario, su íntimo amigo <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Lib. V, f. 77. — <sup>2</sup> Lib. IV, ep. 24, 21 Jul. 1525.

XIV.—*Carta memorable de Melancton á Camerario sobre el matrimonio de Lutero.*

Toda ella estaba escrita en griego, que este era el modo que tenían de tratar entre sí las cosas reservadas. Dice, pues, á su amigo que «Lutero, cuando menos se pensaba, se habia casado con la Bo-rée (era la religiosa á quien amaba) sin decir una palabra á sus amigos; pero que una tarde habiendo convidado á comer á Pomerano (este era el pastor), á un pintor y á un abogado, hizo las ceremonias acostumbradas; que cualquiera se admiraria de ver que en unos tiempos tan calamitosos en que toda la gente buena tenia tanto que sufrir, no tuviese valor para compadecerse de sus males, y manifestase, al contrario, que se cuidaba tan poco de las desgracias que amenazaban á todos, dejando tambien que se debilitase su reputacion, en un tiempo en que la Alemania tenia mas necesidad de su autoridad y de su prudencia.» En seguida expone á su amigo las causas de este matrimonio: «Que él sabe muy bien que Lutero no es enemigo de la humanidad, y que creia que habia sido inducido á contraer aquel matrimonio por una necesidad natural: que no hay, pues, que admirarse de que cediese en algo la grandeza de alma de Lutero: que este género de vida es bajo y comun, pero santo, y que sobre todo la Escritura dice que el matrimonio es honorable; que en el fondo no hay aquí ningun crimen, y que si se imputa á Lutero cualquiera otra cosa, es una calumnia manifiesta.» Esto alude al rumor que corria de que la religiosa estaba en cinta y próxima á parir cuando Lutero se casó con ella, lo que no hallamos que fuese verdad, y así Melancton tenia razon en justificar á su maestro sobre este punto. Dice «que todo lo que se puede vituperar en su accion es la ocasion inoportuna en que hizo una cosa tan inesperada, y el placer que iba á dar á sus enemigos, que no buscan mas que motivos para acusarle: por lo demás, que le veia muy triste y enteramente desconcertado con esta mudanza de vida, y que hace todo lo que puede por consolarle.»

Bien claro se ve cuán avergonzado y sobrecogido se hallaba Lutero con su matrimonio, y cuán grande impresion le habia causado esta novedad á Melancton, á pesar de todo el respeto que le profesaba. Lo que añade al fin, tambien da á conocer que, en su juicio, Camerario se sorprenderia igualmente, pues dice que habia queri-

do prevenirle, «temiendo que segun el deseo que tenia de que Lutero se mantuviese siempre exento de toda mala nota, y su gloria sin tacha, no se turbase, y se desanimase con esta impensada noticia.»

Ellos habian mirado en un principio á Lutero como un hombre superior á todas las flaquezas comunes; pero la que manifestó en este escandaloso casamiento, los confundió. Sin embargo, Melancton consuela á su amigo, y tambien se consuela á sí mismo, lo mejor que puede, diciendo que «tal vez hay en esto algo de oculto y de divino; que hay señales ciertas de la piedad de Lutero; que no será inútil que le suceda alguna cosa que le humille, pues que es tan peligroso verse elevado, no solo para los ministros de las cosas sagradas, sino tambien para todos los hombres; que des-pues de todo, los Santos mas grandes de la antigüedad cometieron sus faltas: y que últimamente es necesario aprender á adherirse á la palabra de Dios, por sí misma, y no por el mérito de los que la predicán, no habiendo mayor injusticia que vituperar la doctrina por las faltas en que caen los que la enseñan.»

La máxima es buena sin duda; pero segun ella era necesario que los Protestantes no apoyasen tanto su doctrina en los defectos personales de otros, ni se fundasen tanto en Lutero, á quien veian tan débil aunque tan audaz; ni en fin que nos ensalzasen tanto la Reforma como una obra maravillosa de la mano de Dios, pues que el principal instrumento de esta obra incomparable fue un hombre no solamente tan vulgar, sino tambien tan violento.

XV.—*Notable decadencia de la autoridad de Lutero.*

Es fácil conocer por el concurso de las cosas, que la inoportunidad que causa tanta pena á Melancton, y aquella sensible disminucion que ve llegar, de la gloria de Lutero, cuando era mas necesaria, se referian, á la verdad, á las revueltas horribles que hacian decir á Lutero mismo, que la Alemania iba á perecer; pero todavia mas á la disputa sacramentaria, por la cual conocia muy bien Melancton que vacilaba la autoridad de su maestro. En efecto, no se miraba á Lutero como inocente en las turbulencias de Alemania<sup>1</sup>, pues que las habian principiado los que habian seguido su Evangelio, y que habian sido animados al parecer por sus escritos; además

<sup>1</sup> Steid. lib. IX, 109.

de que ya hemos visto que al principio tanto había lisonjeado como reprimido el furor de los paisanos sublevados. La disputa sacramentaria se miraba también como fruto de su doctrina.

Los Católicos le reconvenían, porque inspirando tanto desprecio de la autoridad de la Iglesia, y removiendo este cimiento, todo lo había convertido en cuestiones. En esto ha venido á parar, decían, el haber puesto la decisión en mano de los particulares, y haberles dado por regla la Escritura, suponiéndola tan clara, que para entenderla no había más que leerla, sin consultar á la Iglesia ni á la antigüedad. Todas estas cosas atormentaban terriblemente á Melancton; y como era naturalmente tan previsor, veía nacer en la Reforma una división, que haciéndola odiosa, iba á encender también entre los reformados una guerra irreconciliable.

XVI.— *Disputa entre Erasmo y Lutero sobre el libre albedrío: Melancton se lamenta de los furiosos de Lutero.*

Sucedieron también al mismo tiempo otras cosas que le desconsolaban mucho. Habíase acalorado la disputa sobre el libre albedrío entre Lutero y Erasmo. Este tenía grande consideración en toda la Europa, aunque tenía enemigos por todos lados; y Lutero, cuando empezaron las revueltas, no había omitido diligencia ninguna para ganarle, y le había escrito con un respeto que no estaba distante de la baja <sup>1</sup>. Erasmo al principio le favorecía, sin querer por eso separarse de la Iglesia. Pero cuando vió el cisma ya manifestamente declarado, se separó enteramente, y escribió contra él con mucha moderación. Pero Lutero, en vez de imitarle, publicó, poco después de su matrimonio, una respuesta tan envenenada, que hizo decir á Melancton <sup>2</sup>: « ¡ Pluguiese á Dios que Lutero guardase silencio! Yo esperaba que la edad le daría más moderación, pero veo que cada día es más violento, excitado por sus adversarios, y por las disputas en que se ha visto obligado á entrar: » como si un hombre que se llamaba el Reformador del mundo debiese olvidar tan pronto su representación, y no debiese dominarse siempre, dijese lo que dijese contra él. « Esto me atormenta sobremanera, decía Melancton <sup>3</sup>, « y si Dios no lo remedia, el fin de sus disputas será desgraciado. » Erasmo, viéndose tratado con tanta dureza por un hombre á quien

<sup>1</sup> Ep. Luth. ad Erasmo. inter Erasmo. Epist. lib. VI, 3. — <sup>2</sup> Ep. Mel. lib. IV, ep. 28. — <sup>3</sup> Lib. XVIII, ep. 11, 28.

él había tratado con tanta consideración, decía con mucha gracia: « Yo creía que el matrimonio le hubiera amansado; » y se condolía de su suerte, viéndose, á pesar de su moderación y en su vejez, condenado á combatir con una bestia feroz, y con un furioso jabalí.

XVII.— *Blasfemias y audacia de Lutero en su tratado del siervo albedrío.*

Los ultrajes que prodigaba Lutero en sus escritos no eran lo peor que había en los libros que escribió contra Erasmo. La doctrina que en ellos vertía era horrible, porque aseguraba, no solamente que el libre albedrío se había extinguido totalmente en el género humano después de su caída, lo que era un error común en la nueva Reforma, « sino también, que era imposible que nadie fuese libre sino « Dios; que su presciencia, y la Providencia divina, hacen que todas las cosas sucedan por una inmutable, eterna é inevitable voluntad de Dios, que lanza sus rayos y hace pedazos todo el libre albedrío: que el nombre de libre albedrío es un nombre que solo « pertenece á Dios, y que no puede convenir al hombre, ni al Ángel, ni á ninguna criatura <sup>1</sup>. »

Con estos principios se veía precisado á hacer á Dios autor de todos los crímenes, y no lo disimulaba, diciendo en términos expresos <sup>2</sup>, que « el libre albedrío era un título vano; que Dios obra en « nosotros el mal lo mismo que el bien; que la grande perfección de « la fe es creer que Dios es justo, aunque nos haga necesariamente « damnables por su voluntad, de modo que parece que se complace « en el suplicio de los desgraciados. » Y también <sup>3</sup>: « Dios os agrada « cuando corona indignos; no debe, pues, desagradaros cuando « condena inocentes. » Por conclusión añade: « que él decía estas cosas, no como quien examina, sino decidiendo: que no trataba de « sujetarlas al juicio de nadie, sino que aconsejaba á todo el mundo « que se sometiese á su decisión. »

No hay que admirarse de que semejantes excesos perturbasen el ánimo modesto de Melancton <sup>4</sup>. No porque no hubiese dado al principio en estos prodigios de doctrina, pues él mismo dijo á Lutero que « la presciencia de Dios hacía el libre albedrío absolutamente « imposible, » y que « Dios era causa, no menos de la traición de Judas, que de la conversión de san Pablo. » Pero además de que no

<sup>1</sup> De serv. arb. t. II, 426, 429, 431, 433. — <sup>2</sup> Ibid. f. 444. — <sup>3</sup> Ibid. f. 465. — <sup>4</sup> Loc. com. I edit. comm. in Ep. ad Rom.

tanto entró de suyo en estos sentimientos, como arrastrado por la autoridad de Lutero, nada estaba mas distante de su intencion que establecerlos de un modo tan insolente, y no sabia lo que le pasaba cuando veia el descaro de su maestro.

XVIII. — Nueva irritacion de Lutero contra el Rey de Inglaterra: Lutero pondera su benignidad.

Por aquel mismo tiempo vió redoblar las injurias de Lutero contra el Rey de Inglaterra. Lutero, que habia formado hasta cierto punto buen concepto de este Príncipe, porque Ana de Boulen, su querida, era bastante propicia al Luteranismo, se habia aplacado hasta el punto de darle sus excusas por sus primeros desacatos. La respuesta del Rey no fue la que él esperaba. Enrique VIII le echó en cara la ligereza de su espíritu, los errores de su doctrina, y la vergüenza de su escandaloso matrimonio. Entonces Lutero, que no se bajaba sino para que se echasen á sus piés, y tronaba contra los que no lo hacian al instante, respondió al Rey: «que se arrepentia de haberle tratado con tanta suavidad: que lo habia hecho á ruego de sus amigos, con la esperanza de que esta benignidad le sería útil al Príncipe; que con este mismo fin habia escrito cortesmente en otro tiempo al legado Cayetano, á Jorge, duque de Sajonia, y á Erasmo, pero que le habia salido mal, y así que no volvería á caer en la misma falta.»

En medio de todos sus excesos todavía ponderaba su templanza. Á la verdad, «apoyándose en la invencible fuerza de su doctrina, no cedia en orgullo ni á emperador, ni á rey, ni á príncipe alguno, ni á Satanás, ni al universo entero: pero si el Rey queria despojarse de su majestad, para tratar mas libremente con él, hallaría que se mostraba humilde y afable con las personas mas ínfimas: una verdadera oveja en la sencillez, que no podia pensar mal de nadie.»

XIX. — Zuinglio y OEcolampadio toman la defensa de Carlóstadio: quién era Zuinglio, su doctrina sobre la salvacion de los paganos.

¿Qué podia pensar Melancton, que por su natural era el hombre mas pacífico, viendo que Lutero con su pluma emponzoñada se

<sup>1</sup> Epist. ad Reg. Ang. t. II, 92. — <sup>2</sup> Ad maled. Reg. Angl. resp. t. II, 493; Sleid. lib. VI, p. 80. — <sup>3</sup> Sleid. lib. VI, p. 494, 495.

granjeaba tantos enemigos por fuera, cuando por dentro se los suscitaba tan temibles la disputa sacramentaria?

Efectivamente, en este mismo tiempo se levantaron contra él las mejores plumas del partido. Carlóstadio habia hallado defensores que no permitian que se le despreciase. Expulsado de Sajonia por los manejos de Lutero, se habia retirado á Suiza, donde tomaron su defensa Zuinglio y OEcolampadio. Zuinglio, pastor de Zurich, habia empezado á perturbar la Iglesia con ocasion de las indulgencias, lo mismo que Lutero, algunos años despues que él. Era atrevido, y mas vehemente que sábio: hablaba con mucha exactitud; y ninguno de los supuestos reformadores explicaba sus pensamientos de un modo tan preciso, uniforme y seguido; pero tampoco ninguno los ha llevado mas adelante, ni con mas atrevimiento. Como se conocerá mejor el carácter de su alma por sus sentimientos que por mis palabras, transcribiré el pasaje mas acabado de sus obras. Es la profesion de fe que dirigió poco antes de morir á Francisco I. En ella explicando el artículo de la vida eterna, decia al Príncipe: que «debía esperar ver reunidos á todos los hombres santos, valientes, fieles y virtuosos que ha habido desde el principio del mundo.» «Allí veréis, proseguia, á los dos Adanes, al redimido y al Redentor. Allí veréis á un Abel, un Enoc, un Noé, á un Abraham, un Isaac, un Jacob, á Judas, Moisés, Josué, Gedeon, Samuel, Finees, Elías, Eliseo, Isaias con la Virgen Madre de Dios que él anunció, á David, á Ezequías, Josías, Juan Bautista, y á san Pedro y san Pablo. Allí veréis á Hércules, á Teseo, á Sócrates, Aristides, Antígono, Numa, Camilo, á los Catones y Escipiones. Allí veréis vuestros predecesores, y todos vuestros progenitores los que han salido de este mundo en la fe. En fin, no habrá ningun hombre de bien, ningun espíritu justo, ninguna alma fiel, que no veais allí con Dios. ¿Qué cosa se puede excogitar mas hermosa, mas agradable, mas gloriosa que este espectáculo?» ¿Á quién se le habia ocurrido jamás colocar indistintamente á Jesucristo con los Santos, y en seguida de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles y del Salvador mismo, á Numa, el padre de la idolatría romana, y hasta á Caton que se mató á sí mismo como un furioso, y no solamente á tantos adoradores de las divinidades falsas, sino hasta los dioses y los héroes, un Hércules, un Teseo, á quie-

<sup>1</sup> Christ. fidei clara exp. 1536, p. 27.